

Bajo la tormenta de nieve
Patricia Nicole Malagón Espinoza

Escucho la lluvia desde mi cama. Ese vertiginoso ruido que hace romper este silencio que me ahoga. Siento la presión de estas cuatro paredes en mi cabeza. La soledad de esta habitación me arde. Cada esquina contiene cada una de las lágrimas que he derrochado cada noche durante treinta años. El dolor se vuelve inmenso. Tengo setentaiocho años, mi corazón está envuelto en tristeza.

Son las cuatro de la madrugada y mi hijo sigue sin volver. Treinta años viviendo el mismo desconsuelo. Me levanto. Enciendo la luz. Miro la hora son las cinco, no, aún no ha llegado. Cojo el teléfono y por décima vez esta noche lo vuelvo llamar. La respuesta: comunicando.

No puedo más. Cada vez es la misma rutina, pero el dolor se mantiene. La intensidad de mi pesar nunca desvanece. Y sin más esperanzas me uno a la lluvia entre sollozos esperando que hoy también vuelva.

A las seis de la mañana he escuchado la puerta y los pasos que vienen hacia mi habitación me hacen ver que es él

- ¿Antonio? ¿Antonio, eres tú? Pregunto, como si no supiera la respuesta de sobra

- Si mamá, soy yo, déjame cincuenta euros para pagar el taxi que está esperando en la puerta.

Y aunque sus palabras son las mismas que hace un mes, duelen como puñales en las entrañas.

- Antonio, si cobraste hace dos días, págale

- Mamá, no me queda dinero.

La frase estrella volvió a aparecer. Esa frase. La cual me hacía recordar que no, no era cuestión de fe. Él no iba a cambiar y su lento avance hacia la edad de 50 años hacía que las expectativas sobre mejorar su vida fueran prácticamente nulas. Mis presagios sobre él eran cada vez peores a medida que pasaba el tiempo. No me molestaba en discutir, pues la tensión me subía y es imposible hablar con una persona drogada a estas horas.

Debajo de mi colchón solo quedaban cien euros de mi pensión de los cuales los la mitad eran para comprar. Cada vez que abría ese sobre era como si un telón de ansiedad e ira se desplegara ante mí. Dolor que ardía en mis entrañas, subiendo a mi cabeza rápidamente.

A estos setentaiocho años sólo les queda una misión: no abandonar a mi hijo. No puedo cambiar su actitud, pero es mi hijo y el amor de una madre es capaz de superar demasiados muros. Incluso cuando el resultado es estamparte ante los muros de la realidad.

Finalmente, conseguí dormir entre un mar de lágrimas donde lo único que me quedaba era rezar profundamente a Dios para que algún día la situación cambie, yo me hago mayor y cada día noto más la fragilidad de mi cuerpo. No puedo subir las escaleras hasta su habitación, no puedo meterme en la bañera y sobre todo las calles cada día se me hacen más largas. Más tarde en la mañana tengo una cita con mi enfermera, pues me evalúa cada mes debido a mis problemas de tensión

- Buenas Leopolda, ¿cómo se encuentra hoy? He visto que ha venido en bicicleta, me parece maravilloso que siga yendo en bici.

- Hola Pilar, no he dormido muy bien y la bicicleta últimamente la uso más para apoyarme mientras ando, cada vez me cuesta más subirme a ella.

- Si quieres ahora miramos lo de la cadera ¿vale? Y ¿cómo que has dormido mal? ¿Te pasa mucho últimamente?

Pilar, lleva siendo mi enfermera desde hace varios años, hablar con ella es una vía de escape. Esa angustia del pecho desaparece. Al principio tuve dos pérdidas de conciencia debido a las subidas de tensión, ambas sucedieron tras largas semanas de enfrentamiento con mi hijo. No digo que él sea el culpable, pero a veces la angustia en mi pecho colapsa; se disuelve por mi cuerpo explotando yo con ella.

- Mi hijo llegó tarde ayer y se me hace imposible dormir cuando él no está en casa, no es fácil. Mi cabeza se pone en lo peor si no llega, mi noche transcurre entre llamarle y rezar hasta que no puedo más.

- Entiendo ¿y por el día duermes algo?

- Sí, sé que cuando cobra y tiene dinero es cuando desaparece por la noche, por lo que cuando llega primeros de mes suelo acostumbrarme a dormir de día en el sillón porque sé que saldrá, pero no si volverá.

- Vale, si te parece bien vamos a hacer unas sesiones educativas del sueño, tratando de hacer rutinas, ya sea un vaso de leche por la noche, para intentar que duermas y sobre todo reducir las horas de sueño de día. Sé que será angustioso dormir cuando él no esté, pero no es beneficioso para tu salud quedarte esperando a que vuelva, Leopolda.

En mi interior sé que quiero contárselo, quiero desahogarme con todo lo que sucede detrás de esa puerta, donde el vicio reina y la paz está ausente. Pero no tengo valor. No me va a juzgar, lo sé; al igual que sabe que hay algo detrás que no estoy queriendo contar, pero tengo miedo.

- Leopolda, sabes que, si necesitas hablar de lo que te está sucediendo, estoy aquí. Igualmente te daré cita pronto para ver cómo vas, pero si te puedo ayudar me encantaría hacerlo.

Su mirada desborda ternura y me da seguridad. Pero no puedo hacerlo. No soy capaz de hablar de ello sin que el amargo llanto me penetre. Estoy a dos metros de distancia de una puerta que me separa de la sala de espera. En ella, gente del pueblo, gente conocida y gente cuya única preocupación es chismorrear sobre lo que les pasa a los demás y no, no estoy lista para que me vean salir de aquí derrumbada y hablen. No lo voy a permitir. Levanto la cabeza. Trago saliva. Suspiro e intento volver a llenarme de fuerza para evitar derrumbarme.

- Estoy bien, no te preocupes. Gracias. Y salí por la puerta sabiendo que había perdido otra oportunidad para expresarme.

Cojo mi bicicleta y me subo a pesar del dolor. El día está nublado, pero corre una brisa de aire que necesito sentir cerca. Que me permita respirar. Y así fui de camino al supermercado, la calle estaba casi desierta. Excepto por los niños que salían del colegio con sus madres. Madres e hijos de la mano, con algún enfado porque querían quedarse jugando, porque no les gusta la comida que toca hoy. Quien volviera a esos tiempos donde reinan los “te quiero” y los enfados duran unas horas. ¿Qué hice mal? ¿Es que acaso no le críe bien? Una madre viuda al cargo de su hijo. Lo hice lo mejor que pude, lo mejor que sé. No, no es mi culpa, no me merezco esto, yo fui buena madre.

Al llegar a casa, solté las bolsas con la compra. Apenas podíamos comer con los 50 euros que me quedaban. Aun así, me dispuse a hacer la comida para los dos. Ya no podía con las bolsas, hasta cocinar se me hacía difícil, las vueltas a la tortilla muchas veces se me hacían misión imposible. Supongo que, en sí, en esta casa, dar la vuelta a la tortilla en todas las situaciones es difícil.

- Antonio, ya está la comida, baja. Grité; no obstante, no obtuve respuesta. Ya sea por mi falta de voz o porque siguiera dormido pero mi grito se quedó en el aire.

- Antoniooooo. La comidaaaaaa. Sin respuesta.

A pesar de mi cansancio, decidí tratar de subir las escaleras. Cada escalón se hacía más grande. Tuve que pararme más de tres veces. No podía continuar. Al fin. El último escalón.

Me dispuse a andar deprisa para su habitación “Antonio la comida que te estaba llamando”. Cuando me quise asomar, no había nadie. Esa agitación en el pecho. Ha vuelto. Otra vez. Otra vez no.

Bajé desconsolada las escaleras descansando entre escalón y escalón pues el vértigo cada vez era mayor. Suponía más esfuerzo. Al sentarme en el sofá lo primero que hice fue coger el teléfono para llamarle rápidamente. Apagado o fuera de cobertura. Había aprovechado mi salida para poder salir de casa y encima había apagado el teléfono para que no pudiera localizarle. Por si no fuera poco, sí le quedaba dinero, se había ido con parte del dinero que había cobrado y que ayer decía no tener.

No le falta casa, no le falta comida, tiene su agua, su luz, su piso para él arriba y no le pido nada a cambio ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué? Aunque a la vez, la respuesta era sencilla. Adicción

UNA SEMANA DESPUÉS.

Una semana lleva sin venir a casa; me cogió el teléfono hace tres días, pero no ha vuelto a hacerlo. Volvió a apagar el móvil. De repente, sonó mi teléfono.

- Buenas. ¿Es usted Leopolda Fernández? ¿La madre de Antonio García?

- Sí ¿Quién es?

- Buenas, le llamo del Hospital Santa Bárbara de Puertollano porque han traído aquí a su hijo, no se encontraba bien y le hemos hecho pruebas por si le pasaba algo.

- ¿Qué le ha sucedido?

- En un principio no tiene daños. Le hemos hecho pruebas y ha tenido una sobredosis por cocaína, pero actualmente se encuentra mejor, le avisaremos cuando le demos el alta.

Tres días después volvió a casa. Yo solo podía decirle cuanto le había echado de menos y que no me diera esos sustos. Mi cuerpo ya no podía aguantarlos. A pesar de no mencionarle una palabra mala volvió esa angustia del pecho. Ahora más fuerte que nunca. Suerte que tenía cita con Pilar al día siguiente.

- ¿Cómo se encuentra Leopolda? ¿El sueño y la cadera cómo va?

- No mejora. Alcé la cabeza. Respiré hondo.

- ¿Por qué cree que no mejora?

- Porque. . . . Rompí. Me rompí como un plato al caer al suelo. En mil pedazos. No tenía el control, me faltaba el aire y aunque quería parar de sollozar allí no podía, mi cuerpo no podía parar.

- Leopolda, respire conmigo ¿vale?, coja aire y respire.

- Pilar me cogió del brazo con un cuidado como si en un gesto me demostrara todo ese cariño y cuidado que necesitaba. Y aunque pareciera mentira el calmar mi respiración me supuso volver a mí; poder controlar mi cuerpo. Ella, no me insistía, me miraba y esperaba a que me encontrara mejor.

- Lo siento Pilar, he perdido los papeles. No he podido controlarme.

- Leopolda, creo que algo no va bien y hablar de ello seguramente te venga bien, aquí estoy y voy a estar ¿Quieres hablar de ello?

El hecho de que no invadiera mi intimidad y me preguntara delicadamente, permitía que tuviera la certeza de que podía confiar en ella.

- Pilar, las cosas no van bien en casa. Me han llamado hoy porque mi hijo ha tenido una sobredosis, el dinero en casa vuela y yo, yo ya no sé si todo esto es mi culpa, no sé qué he hecho mal.

- Leopolda, usted no ha hecho nada mal, le ha dado el cariño de una madre y sabe que ese es el amor más puro que va a recibir, ha criado a sus otros dos hijos que, aunque estén fuera le quieren un montón. Y su nieta. . . , sabe que su nieta está fuera pero que siempre que puede va a verla y para ella usted es una madre. Usted misma me ha mencionado que su amor hacia usted es lo que la fortalece. ¿De verdad cree que ha hecho las cosas mal con lo mucho que la quieren?

En numerosas ocasiones le he hablado a Pilar de mi familia y de lo mucho que la echo de menos muchas veces, la mayoría están fuera. Mi nieta. Ella es una valiente, a pesar, de los problemas de su padre he intentado criarla lo mejor posible para

que tenga un futuro mucho mejor y a día de hoy quiere ser enfermera. Cuidar de los demás me dice. Fomentar y crear un mundo mejor a través de ayudar. Ella y mi hija, son las que realmente me hacen sentir viva.

- Lleva usted razón, pero al final yo vivo con él y es muy difícil seguir aguantando, sobre todo guardármelo para que mi familia no sepa nada, no quiero que eso les afecte.

- Lo entiendo, pero cargar usted con todo esto es muy complejo. Tal vez debería valorar la opción de hablarlo con su hija para intentar a ayudar a Antonio. Además, siempre me ha comentado usted que es creyente. Tal vez, debería recuperar esa rutina, asistir a misa, encontrarse allí con sus compañeras de siempre, será una forma de poder salir de casa y despejarse

Esas palabras retumbaron en mi cabeza. Pilar tenía razón. No podía dejar que la angustia me siguiera invadiendo, tenía que hablar con mi hija, mi salud no podía seguir en juego. Cogí una bocanada de aire, lo más fuerte que pude. Lo solté poco a poco, justo como Pilar me indicó y tras unos minutos bebí despacio del vaso de agua que me ofreció.

Al llegar a casa, me senté en frente del teléfono. Mi hijo llegaba en unos días. Justo delante tenía mi reloj de pared, el mismo que me regalaron cuando me casé. Mi vista estaba fija en las clavijas de ese reloj, como si el tiempo avanzara, pero dentro de mí estuviera paralizado. Ese tic tac era como las margaritas en primavera. Llama. No llames. Llámala. No la llames. Sabía que debía llamarla, pero no era capaz de comprender cómo le iba a explicar todo, la sobredosis, las continuas pedidas de dinero que no volvía a recuperar. Bien es cierto que mi hija se podría imaginar algo por experiencias que hemos tenido hace años con él, pero como le explico que ha vuelto a dónde siempre. Mi nieta, a ella no la puedo llamar. Al menos por ahora, no debe saber todo esto.

Tic. Llama. Tac. No lo hagas. Tic. Tac. Tiene tela que con lo que falla este reloj ahora mismo va mejor que nunca. En fin, como es la vida. Tic. Llamo.

- Hola hija, ¿cómo va todo?

- Hola mamá, bien, como siempre. Últimamente con más complicaciones por la operación del brazo, pero estoy bien ¿Tú cómo estás?

Me tomé unos segundos antes de contestar; no sabía qué decir.

- Hoy he ido a la enfermera Pilar, últimamente sigo teniendo temblores, siento una presión fuerte en el pecho muchas veces y. eh. . . bueno. He explotado en la consulta. He decidido llamarte porque Pilar me ha ayudado y creo que debo compartir contigo lo que está pasando. Antonio tuvo hace unos días una sobredosis. En unos días vuelve a casa, el dinero no le dura más de tres días porque sale y se lo gasta y yo no sé qué más hacer. Necesito que me ayudes porque no lo sé.

- Mamá. . . ¿Por qué no me has contado esto antes?

- No quería que estuvierais preocupados, pero es que ya no podía más. No sé qué más hacer con tu hermano. Siento que no va a cambiar nunca.

- Escúchame, como vuelve en unos días voy a ir a tu casa para, cuando vuelva, hablar con él de esta situación que no puede seguir así. Debemos buscar ayuda.

Tras hablar con mi hija, estuve más tranquila. Debíamos buscar ayuda. Por lo que decidí pedir cita a mi hijo con Pilar. Yo tenía cita con ella dentro de un mes; por lo que le comentaría cómo va la situación y cómo buscar ayuda para él.

AL CABO DE UNA SEMANA

- Buenas Pilar.

- Hola Leopolda, ¿cómo se encuentra?

- Sinceramente mucho mejor; decidí llamar a mi hija. Le comenté toda la situación. A los dos días siguientes mi hijo volvió a casa. Mi hija y yo estábamos allí esperándole.

Cuando vino a casa agachó la cabeza, no se encontraba a gusto con la vuelta de su hermana, pues sabía perfectamente a qué se debía. Le preguntamos cómo se encontraba y cómo había estado.

Mi hija trató de convencerle para que buscara ayuda, le habló del Centro de San Juan de Dios, le explicó que se encontraría mejor. Su respuesta fue nula, se negó rotundamente. Según él, no la necesitaba y no había ingerido nada. Yo no podía entender cómo era capaz de mentirme a la cara. Lo sabíamos. Sabíamos de sobra todo lo que había pasado y nos mintió a la cara. Para mí, no podía imaginar cómo podía caer tan bajo. Ni lo reconocía, como si estuviera en una realidad totalmente alternativa a la auténtica. Me dolió profundamente.

- Le he pedido cita con usted Pilar, yo no puedo hacer nada más, es una persona enferma y la poca fe que me quedaba se está desvaneciendo. Mi hija se ha mudado conmigo estos días y mi nieta bajará pronto; son el único consuelo que me quedan; mi única fortaleza para seguir. He estado acudiendo a la Iglesia en busca de consuelo, me ha venido bien pero, no es suficiente

- Estaré encantada de recibirle en mi consulta Leopolda, sabe que mi labor es acoger a todas las personas, pues la hospitalidad es uno de nuestros valores fundamentales. Intentaré ayudarle a su desintoxicación, trataremos de buscar una solución; pero sobre todo aférrase a su familia y siga rezando. Créame le va a venir muy bien, no pierda esa fe

Salí por la puerta una vez más. Esta vez más fuerte que nunca, suspiré y decidí marcharme a casa en mi bicicleta. Mi fiel compañera. Suspiré al subir, los dolores de cadera no se habían ido, pero el dolor que me consumía por dentro había sido tan grande estos meses, que mi cadera pasó sin duda a un segundo plano. Es curioso, a veces siento que la vida se me va entre suspiros. A veces de dolor, a veces de fuerza y otras de miedo. Nunca sé que sentimiento vendrá pronunciado por el próximo suspiro.

Estos días he pensado mucho en Pilar, sin ella no habría llamado a mi hija para que pudiera ayudarme y se quedara conmigo. Muchas veces mi nieta me ha repetido que la mayor labor de una enfermera es más mental que práctica. Yo le decía que sí, pero qué le iba a decir, a ver. Supongo que es de ese tipo de cosas que no te das cuenta hasta que no las vives. Pilar no me ha puesto una sonda, ni me ha sacado sangre. Sin embargo, a mis 78 años ha conseguido que vuelva a saber tomar las riendas de mi vida. Un poco irónico ¿no? A los 78 años creo que he vuelto a nacer. He vuelto retomar rutinas que había dejado hace años, he salido con mis compañeras, asistiendo a misa y refugiándome en el consuelo de Dios. Esta fe es la que me hace tener esperanza de que, aunque mi hijo no cambie, sé que el Señor le acogerá con los brazos abiertos, al igual que a mí en un futuro

Ella ha sido mi cuidadora, mi confidente, escuchándome eficazmente y protegiendo mi bienestar. Ese bienestar que empieza en mi cabeza y recorre todo mi cuerpo Esa liberación como cuando Manolo Escobar canta al final de la canción de “mi carro” la frase “y por fin lo encontré, sin atalajes”. He encontrado mi carro, pero con los atalajes un poco destrozados. Su mirada ha sido alivio. Aire para respirar. Me ha dado cariño cuando más lo he necesitado y me ha hecho creer realmente en la frase que he escuchado centenares de veces a lo largo de mi vida: “las palabras son, muchas veces, la mejor tiritita al corazón”. Ciertamente Pilar no me ha quitado, a través de pastillas, mis pérdidas de conciencia, pero creo que poder hablar

con ella ha mejorado mi salud. No hablo de que me haya metido en la fuente de la juventud, pero la angustia del pecho no está. Ha desvanecido. Por fin, ha salido el sol, en esta tormenta de nieve

UN MES DESPUÉS.

- Buenos días, Pilar ¿cómo está tu hija? Me preguntó mi compañera.

- Buenos días, Carmen está ahora mismo de exámenes, algo agobiada, pero de momento los lleva bien.

Iba acelerada, ni si quiera me había tomado el café esta mañana. Me subí rápidamente coloqué las cosas. Hoy iba a ser un día duro, me tocaba guardia después, pero bueno debía ser optimista con el día. Saqué las cosas de la bolsa como todas las mañanas y me llevé el táper al frigorífico. Hoy tocaba comer en el centro de salud. Revisé las consultas que tenía, más o menos conocía a todos los que venían hoy, pero algunos no me sonaban. Tras tener todo colocado empecé. Algunas consultas eran más sorprendentes que otras y muchas de ellas rutinarias, pero había un nombre. Un nombre que me quería sonar, hacía eco en mi cabeza, pero no conseguía caer en quién era. Pronto lo sabré.

Al llegar las 11:00h salí a llamar al siguiente. Ese nombre.

- Buenas Antonio, he podido comprobar que se cambió de enfermera hace poco ¿Cómo se encuentra?

- Usted. . . Usted ¿me conoce? Levantó la cabeza sutilmente, pero su posición seguía rígida. Sus palabras eran tan frágiles que parecía que se iban a romper en cualquier momento.

- Si le soy sincera ahora mismo no caigo, a lo mejor le he atendido alguna vez.

No me miro a la cara en ningún instante. Mantenía la cabeza baja. Los hombros caídos. Sus ojeras y ojos hinchados me decían a gritos que llevaba días sin dormir, derramando lágrimas tal vez.

- Soy el hijo de Leopolda Fernández. Al acabar la frase vi cómo se derramaban las lágrimas a cuentagotas por sus mejillas.

- Mi madre me pidió esta cita porque necesito ayuda, no estoy bien. Llevo años siendo adicto a la cocaína y otros vicios. Mi madre ha intentado ayudarme, pero llego tarde.

- Conozco a su madre Antonio, me alegro mucho de que haya decidido venir para que le podamos ofrecer ayuda. No llega tarde, lo importante es que ha llegado y si ha tomado esta decisión es una muy buena señal.

- Conocía. Por eso llego tarde.

- Mi más sincero pésame. Lo siento.

Leopolda había fallecido, no me lo podía creer. La última vez que salió de mi consulta la vi más fuerte que nunca. Estaba bien, iba a disfrutar de su hija y su nieta. Hace un mes Leopolda había salido por la puerta mejor que nunca.

Tenía que mantener la compostura, no podía derrumbarme delante de su hijo. Había vivido con ella lo que había pasado en estos meses. He intentado ayudarla lo mejor que he podido. No ha sido suficiente. Todo, a veces no he suficiente.

- Gracias, murió hace una semana. Tuvo un infarto por la noche y murió en el acto. No sé qué ocurrió, cómo sucedió. Yo sólo quería estar bien, que cuando se fuera, viera que me había recuperado. Incluso morirme antes que ella para que sus últimos años fueran tranquilos. Pero ya, ya no está.

-Lo siento muchísimo, Antonio. Cuando vino la última vez, me comentó que se encontraba mejor y que había solicitado tu cita conmigo.

- Sí, yo no quería, pero aquí estoy. Sólo he venido porque ella quería.

- ¿Qué te preocupa Antonio? Su madre había fallecido, claro que le preocupaba y me sentí estúpida al realizar la pregunta, pero tenía la intuición de que algo más estaba ocurriendo.

Asumía la muerte de su madre, se veía en sus ojos el dolor, pero la posición de sus manos dirigiéndose hacia mí bocarriba me hacían sentir que había algo más

- Sé que mi madre acudió a usted cuando me ocurrió lo de bueno... ya se supondrá el qué. He hablado con mi hermana y quiero pedirle ayuda para meterme a un centro de desintoxicación; ya sea en la seguridad social u otro centro. Sé que habría sido una de las últimas voluntades de mi madre ¿A usted le comentó algo?

Tenía el corazón en un puño. Fue como si de repente escuchara a Leopolda susurrándome al oído todo lo que me había dicho en las consultas previas. Cogí aire. Solté. Dispuesta a decirle la verdad sobre las últimas voluntades de su madre.

- Sí, me comentó algunas cosas. Me dijo que no quería morir sin ver a tu hija graduada, ni sin saber que tú estarías bien. Ella quería que lo dejarás, que volvieras a coger las riendas de tu vida.

Antonio agachó la cabeza. Sus lagrimas esta vez iban mucho más deprisa. Corrí para ofrecerle pañuelos. Los cogió, pero un solo pañuelo no podía parar el mar que salía de sus ojos. A pesar de ver el sufrimiento de Antonio, había algo dentro de mí que me llenaba de esperanza. No era tarde. Leopolda cumpliría su última voluntad. Su hijo iniciaría la desintoxicación a sus 50 años. No va a ser un proceso fácil, habrá baches. Muchos baches. Pero hay algo que los va a superar. Las ganas de cambiar de Antonio, de honrar a su madre desde arriba. Nunca será tarde, pues acoger y atender a todas las personas con amabilidad será siempre mi cometido.

Nada ha sido en vano Leopolda

